

AUDREY HEPBURN ES HOLLY

Desayuno con diamantes (*Breakfast at Tiffany's*, Blake Edwards, 1961)

Agria y dulce, áspera y tierna, romántica y divertida, *Desayuno con diamantes* es una película ejemplar que prende cosas muy serias a las costuras de una trama aparentemente frívola y rotundamente divertida. La película, posiblemente una de las comedias más amargas de su época, habla de muchas cosas. Habla de Holly Golightly, una chica alegre, elegante y excéntrica que comparte su piso con un gato sin nombre, duerme por la mañana con antifaz y vive por la noche agudizando el ingenio y confiando en la generosidad de los hombres. Habla de sueños imposibles de comodidad y lujo; sueños que se desvanecen al entrar en contacto con la luz del día, o al menos quedan tocados por la repentina toma de conciencia de su propia fragilidad. Habla de esos amaneceres en los que parece que el mundo se tambalea y nos embarga la melancolía, el sabor amargo y cierta tristeza. Y habla de Nueva York, una ciudad mágica donde se citan varios seres perdidos en busca de un refugio sentimental.

De esta joya del cine quedan muchas cosas en el recuerdo, pero quizá la más memorable de todas ellas sea la presencia de la fascinante Audrey Hepburn en una actuación llena de intención, perspicacia y sabiduría. Con su elegancia de gacela, su sexualidad cristalina y su sofisticada distinción, Audrey logró hacer suyo el personaje de la adorable locuela Holly Golightly. Ya esté pidiendo dinero para el tocador a su acompañante, bebiendo una copa en la fiesta más desternillante de la historia del cine o yendo a Tiffany's para grabar unas iniciales en dos alianzas de latón, Miss Hepburn crea un aura de credibilidad sin el cual la historia se desintegraría. Verla desliziándose por el escenario con la finura y distinción que caracterizó toda su carrera es un espectáculo irreplicable. Ella llena toda la pantalla. Y quizás eclipse las demás virtudes de esta maravillosa película, al que el paso del tiempo no ha atenuado el aroma de perfección que brota de sus imágenes.

Desde el día que se estrenó *Desayuno con diamantes*, la imagen de Audrey sentada en el alfeizar de la ventana, tocando la guitarra y cantando "Moon River", ha sido sin duda el mejor y más exclusivo símbolo del encanto para una legión de espectadores. Como en *Una cara con ángel*, Hepburn proporcionó a este tema un aura íntima, evocadora y entrañable. La entrecortada delicadeza de su voz –un defecto técnico, en realidad– resultaba idónea para aquella balada. No es habitual que una canción se adhiera a un personaje y lo siga más allá de la pantalla cinematográfica. "Moon River" es una de las excepciones. Esta melodía se convirtió en el aura de Audrey durante el resto de su vida. Cualquiera que haya visto esta película jamás podrá olvidarla.

